

CRISTO TUVO QUE TOMAR NUESTRA NATURALEZA CAIDA

“Por cuanto le era preciso ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.” (Hebreos 2:17)

La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, el orgullo de la vida, son tendencias al pecado que residen en la carne, y que ejercen una atracción sobre nosotros. En esto consiste la tentación. Pero la tentación no es el pecado. Mientras el deseo, no es mantenido y acariciado, no hay pecado.

Pero nada mas que acariciamos el deseo y lo mantenemos en nuestra mente, nada mas que le damos consentimiento, y le acogemos en nuestro espíritu, o que lo alimentamos, entonces ahí aparece el pecado. Y cuando el deseo se concretiza, o no, por un acto, el pecado es cometido. Consintiendo, ya hemos hecho la cosa, en la medida en que el consentimiento se considera la acción del pensamiento. Todo lo que a continuación aparece no es mas que la parte sensual o sensorial, es la satisfacción de la carne.

En consecuencia, el único lugar, de nuestra persona, donde el Señor puede ayudarnos y librarnos, es en la mente, donde se desarrollan los pensamientos; porque es ahí donde se encuentra la raíz misma del pecado. Es el lugar donde se concibe el pecado, de ahí parte el pecado. Es por eso que a pesar de que Jesús fuese constantemente tentado, nunca levantó la mano para responder, ni cuando fue escupido, ni cuando le abofetearon o le golpearon en la cabeza. Tampoco durante su ministerio público, cuando los sacerdotes, en su maldad, hacían cuanto podían para irritarle o alterarle. No tuvo que retenerse ante tales gestos, ya que ni siquiera la impulsión a responder, era sometida a su control. Por tanto tenía nuestra naturaleza humana en la que tales impulsos son tan naturales y frecuentes.

¿Porqué en Él, esos movimientos no se manifestaron, estando en nuestra naturaleza humana?. Estaba sometido a la voluntad del Padre. El poder de Dios, por medio del Espíritu Santo, luchaba contra el poder de la carne en el campo de batalla del pensamiento. Bajo todos esos insultos y pruebas crueles, nuestra naturaleza humana en Él estaba en calma, tanto como cuando el Espíritu Santo, bajo la forma de una paloma, le cubrió con su sombra en la rivera del Jordán. Que este pensamiento también esté en vosotros (Filipenses 2:5). 90